



LOS TÍTERES EN FRANCIA.

¿QUE son las *marionetas*? preguntó Agustina, niña de unos seis años, á D. Juan de Roda, su padre, que con ella, otro niño y un criado se hallaba en París.

—Son, respondió D. Juan, figuras de madera vestidas con poca propiedad, á las cuales dá de palos Polichinela.

—¿Quién es Polichinela? demandó á su vez el criado, hombre maduro y de bonísima pasta.

—Polichinela es un gran señor, dijo Roda sonriéndose, que tiene una joroba por delante y otra por detrás.

—¡Estará bonito ese señor!...

—Tiene la nariz retorcida, y su traje es de muchos colores: lleva un sombrero en forma de pirámide, y zapatillas de badana encarnada: por último, pega á todo el mundo, y siempre se está riendo.... ¿Quereis verlo?

—Sí, exclamó Cleto, pues así se llamaba el hijo de Roda: lléveme V. á los primeros asientos.

—¡A mí también! dijo Agustina.

Y los cuatro se encaminaron á los *Campos Elíseos*, dirigiéndose á una barraca cuadrada, cubierta de viejos tapices. La parte superior de la barraca, sobre uno de sus frentes, presentaba una abertura cuadrada, que era nada menos que un teatro. Un telon que representaba una ciudad entera con sus campanarios y sus edificios, y un sol con este mote filosófico: *brilla para todo el mundo*, cerraba aquella abertura.

Delante del teatro habia varias filas de bancos para los espectadores, y estaban ocupados por niños y sus amas, al paso que se veía en pie á una multitud de soldados de todos colores, de viejos que volvian á ver las farsas que tanto les habian gustado en la infancia, y de grandes filósofos que sostenian que lo que allí se enseñaba era mucho mas hermoso, mucho mas profundo que todos los sistemas de los sábios mas célebres.

Cuando se acercaron á la barraca, una vieja, al ver á los dos niños, no dudó que fuesen unos buenos parroquianos, y les hizo sentar en el mejor banco, siendo lo primero que los niños observaron un pobre diablo de gato, atado á uno de los ángulos de aquella casa ambulante, y que mayaba desesperadamente.

Alzado el telon, oyóse un grito penetrante, un grito extraño, un grito de alegría, un grito de guerra, y aparece Polichinela saludando á la sociedad con la cortesanía propia de quien sabe vivir bien. El drama empieza, y Polichinela llama á un tabernero, el cual llega haciendo cortesías; pero Polichinela le dá de palos. Muy poco satisfecho nuestro hombre de semejante acogida, se apodera del palo de Polichinela y quiere pegarle á su vez; mas cuando dá á la derecha, Polichinela está á la izquierda, haciendo gestos como el diablo; cuando pega á la izquierda, Polichinela está á la derecha haciendo contorsiones. Al fin Polichinela arrebató el arma á su enemigo, y descarga tantos golpes sobre la cabeza del tabernero, que el pobre espira, y Polichinela entona el himno de la victoria con gran contentamiento de los espectadores, que aplauden la gracia, la agilidad, la flexibilidad y el ánimo del vencedor.

La mujer del difunto acude en busca de su marido, y se encuentra con Polichinela, quien responde á sus preguntas con

unos cuantos palos. La viuda halla luego á su esposo, y se arroja sobre su cadáver, prodigándole los nombres mas tiernos, hasta que coje en brazos á su adorada mitad, y se la lleva consigo.

Esta patética escena arranca lágrimas á la asamblea. ¡Sofocación general!

Pero Polichinela, que tiene el alma de guijarro, continúa cantando; mas hete aquí que despues de unos cuantos dimes y directes con un comisario de policía grave y severo, al cual, sin miedo á sus largos bigotes, aplica media docena de palos, los esbirros prenden al asesino, y el público queda tan satisfecho.

El verdugo se presenta con su cara repugnante, y planta en medio de la escena una horca. Polichinela llega poco despues, tan alegre, tan indiferente como siempre, y engañando al verdugo, le induce á que ponga la cabeza en el nudo de la cuerda: así lo hace aquel, y Polichinela le ahorea con el mejor salero del mundo, llevándose el instrumento del suplicio y el cadáver del tonto del verdugo.

Empero no tarda en salir armado con su palo y cantando una cancioncilla amorosa. Sin temor ni remordimientos, creia que su buena fortuna no le abandonaria, cuando aparece un grave personaje y trata de prenderle: Polichinela no encuentra aquello muy arreglado á política, y regala al recién venido una dosis no pequeña de palos: el recién venido tiene la cabeza y la espalda muy sólidos, y todo lo recibe sin decir una palabra; pero Polichinela se arroja sobre su enemigo con tanto furor, le derriba con tanta violencia, y le pega con tal rabia, que el infeliz sucumbe y muere, y Polichinela le corta el pescuezo con su baston, y sin tener piedad de un cadáver, le insulta, le lanza lejos de sí, y le deja en la ensangrentada arena.

Esta infame victoria de Polichinela escita la indignacion de los espectadores, los cuales llaman sobre su cabeza la venganza del cielo.

Al fin llega esta, y el diablo en persona es quien aparece negro y velludo, y con una lengua de fuego. Sin asustarse Polichinela, le aguarda á pie firme, y el diablo le anuncia políticamente que viene á buscarle, á fin de conducirle á los profundos infiernos. Polichinela, que no sufre ancas de nadie, incluso el demonio, le responde con un garrotazo; pero á pesar de dar á derecha é izquierda, el diablo se escurre como una sombra, y el asesino dá golpes en vago. Mas el diablo se cansa de aquel manejo, quita el palo á Polichinela, le vuelve con usura cuantos porrazos ha dado en toda su vida el pícaro, se apodera de él al fin, y se lo lleva á las regiones infernales para hacerle espíar sus maleficios, cayendo entonces el telon.

Los espectadores quedan satisfechos, la justicia triunfa, y el culpable es castigado; pero ese mismo culpable era tan mono,

tan valiente, tan amable que consagran algunas lágrimas á su memoria.

Roda y sus hijos se levantaron, y al tiempo de salir notaron que Amadeo, su criado, no iba con ellos.

—¡ Amadeo se ha perdido! exclamó Agustina.—¡ Oh! ¡ Dios mío! ¿ qué vá ser de él?

—Ya encontrará el camino da la fonda, dijo Roda.

—¡ Oh! estoy segura de que el pobre Amadeo se halla desesperado; que no sabe que hacer, ni por donde salir: es preciso buscarle.

—Busquémosle, contestó Roda.

Y se pusieron á dar vueltas, mirando á todas partes. Suscitóse la conversacion acerca de las *marionetas*, y el bueno de Roda dijo á sus niños:

Los antiguos al dejar el teatro, á donde iban á oír las tragedias de Sofocles y las comedias de Terencio, penetraban en un teatro ambulante para escuchar las lecciones populares de las *marionetas*. Los griegos y los romanos tenían títeres mas severos que Horacio, Juvenal y Petrona en sus ardientes sátiras, porque no se contentaban con criticar las costumbres en general, sino que se encarnizaban contra algunos personajes, glorias usurpadas y grandes sin virtudes. Las *marionetas* alegres, sábias, filosóficas y moralizadoras, eran un arma poderosa entre las manos del hombre que les prestaba movimiento y palabras; tenían una significación, un valor, un alcance que ya no tienen.

Tambien es preciso que sepais que el nombre de Polichinela es una palabra italiana derivada de otra latina que significa *práctica*, porque el que dirige las figuras se pone en la boca un instrumento llamado así, y que contribuye á modificar la voz. Por lo demás, Polichinela es uno de esos tipos eternos que siempre entretendrán á los niños, gritando siempre con la misma voz, apaleando á los mismos enemigos, luchando con los mismos alguaciles, y haciéndose merecedor de que lo arrebate el mismo demonio.

Aquí llegaban cuando descubrieron á Amadeo, derecho como una estaca, con tanto ojo abierto delante de la tienda de un vendedor de comestibles. Su rostro expresaba la admiracion y el asombro.

—¿Estás petrificado? le dijo Roda: ¿ en qué diablos piensas que te has salido sin decirnos una palabra?

—¿Cómo? dijo el buen asturiano; no se quedaron VV. aquí mirando esos animales encarnados, verdes, negros y pardos que están ahí? ¡ Y qué esto se coma sin temblar de miedo!

Y tenia fija la vista en el sollo, la langosta de mar y el cabrajo, enorme cangrejo de inmensas patas.

Respecto á Agustina observaba sobre todo fresas magnificas,

y cerezas encarnadas como se cojen en medio de la primavera, y paseaba sus ojos alternativamente de las cerezas á los árboles del jardín de las Tullerías allí inmediato, esqueletos despojados de las hojas, y no podía comprender cómo había madurado aquella fruta. Preguntó, pues, á su papá lo que deseaba saber, y éste se dirigió con ellos y Amadeo hácia su albergue, explicándoles cómo se cultivan las plantas de invierno, manteniendo en los invernáculos, es decir, en jaulas de vidrio, el calor suficiente á producir semejante resultado.

S. D.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Mareas.—Los astrónomos y los astrólogos.—El Observatorio de Catalina de Médicis.—Las mareas en el Océano y el mar Pacífico; causa de este fenómeno, opinion de Bernardino de Saint Pierre.

Varios astrónomos anunciaron que en febrero de 1842 las mareas habían de ser muy altas y extraordinarias en ciertas costas, lo cual fué así efectivamente. ¿Cómo pueden leer en los astros los astrónomos? ¿cómo pueden leer lo que ha de suceder en la tierra? ¿cómo pueden anunciar con certeza los movimientos extraordinarios del Océano?... Tal vez recordareis con este motivo que los astrólogos antiguos leían en los astros el destino del hombre, decidiendo por medio de sus observaciones si debía ó no verificarse tal suceso, si tal accion debía tener buenos ó malos resultados. Tan persuadidas estaban las generaciones que yacen en el sepulcro de la certeza de la ciencia astrológica, que los soberanos, tan crédulos como el pueblo, tenían astrólogos á sueldo y en sus mismos palacios, para consultarles en todo y por todo. El rey Carlos V fundó por los años 1370 y en París, un colegio donde su médico y astrólogo debía enseñar su ciencia; pero sobre todo Catalina de Médicis fué la que prestó completísima fé á las predicciones de los astrólogos. Así es que mandó levantar junto al palacio en que habitaba una columna que debía servir para las observaciones astrológicas. Conservada como curioso monumento de los errores y supersticiones de aquel tiempo, se enseña en Soissons á los viajeros, quienes al lanzar una mirada á esa columna sobre la cual hay una plataforma, no pueden menos de compadecer á los hombres

de una época en que se creía conocer el porvenir observando los astros.

Las predicciones de nuestros astrónomos son de muy diversa índole, y nada tienen de común con la astrología de los tiempos pasados. En los modernos se ha procurado conocer por medio de la observación del cielo, no los destinos humanos, sino los movimientos de los astros; y gracias á perseverantes estudios y á buenos telescopios, se ha logrado calcular con exactitud la rotación, es decir, el movimiento de los astros en torno de otros que le sirven de centro, conociéndose la posición que en el firmamento ocupan en todas las épocas del año.

Veamos ahora cómo pueden anunciar las altas mareas; y para llegar á esta explicación, veamos lo que son las mareas, y qué relaciones tienen con los cuerpos celestes.

En las costas del Océano las aguas del mar suben todos los días casi por espacio de seis horas, y después de permanecer estacionarias un cuarto de hora poco más ó menos, invierten otras seis horas en descender para tomar su nivel acostumbrado. Empero media hora después nótase igual movimiento, y las aguas están subiendo seis horas, permanecen quince minutos á esta elevación y tornan á bajar; movimiento de alza y baja, de flujo y reflujo que se llama marea. Ya véis que hay en nuestras costas dos mareas en menos de veinte y cinco horas. Las mareas de cada día atrasan un poco con relación á la de la víspera, al paso que la elevación á que llega el mar siempre es la misma, escepto en los casos de que hablaremos en seguida. Las mareas no se verifican en los mismos momentos en todos los puertos del Océano, lo cual consiste en la configuración de las costas, ó en la mayor ó menor anchura de los ríos que desembocan en el mar; en una palabra, en los mayores ó menores obstáculos que encuentran las olas del Océano en el movimiento regular y diario. Así hay notable diferencia entre las horas de las mareas en los diferentes puertos, pues en uno llega la marea á su término á la una del día, mientras en otro no concluye hasta las seis ó la siete de la tarde.

La marea es más débil en los brazos de mar cuya entrada es estrecha, como por ejemplo, en el Mediterráneo, lo cual se explica por la resistencia que ofrece á las olas al penetrar en ese mar el estrecho paso que están obligadas á atravesar, y que por precisión debilita su impetuosidad. En los ríos penetra algunas veces muy lejos, y así es como se hace sentir en Rouen, á pesar de los rodeos que el Sena da desde su embocadura hasta dicha población, una de las más ricas de Francia.

En el mar Pacífico ofrece la marea fenómenos particulares: en la costa de la Nueva Holanda, en la de la Nueva Bretaña, en Taiti y otras islas, solo hay una marea en veinte y cuatro

horas, como que el mar emplea doce en subir y otras tantas en bajar. Sin embargo, en las islas Sandwich, en la costa del Kamtschatka y en otras partes, hay dos mareas al día, ni mas ni menos que en las costas de Europa.

Si quereis ahora saber cuál es la causa que produce las mareas, os diremos que los sábios la atribuyen á la *atraccion*, es decir, á la fuerza que el sol posee de atraer hácia él los cuerpos celestes que giran en derredor de su globo, y sobre todo la parte líquida de estos cuerpos. Segun este principio, el sol debe producir efecto de atraccion sobre los mares de nuestro globo, supuesto que este gira en derredor de su eje, presentando cada dia al sol la superficie de sus tierras y sus mares.

La luna al parecer ejerce el mismo influjo aunque en grado menor sobre la tierra de quien es satélite; y como está infinitamente mas cerca de nosotros que el sol, atrae con mucha mas fuerza que el astro del dia las aguas del Océano. De consiguiendo el sol y la luna son los que producen la marea, merced á su accion sobre el mar, y esta marea es mucho mas fuerte en la época de la luna nueva y la llena, es decir, cuando el sol, la tierra y la luna se encuentran en la misma direccion, es mas fuerte, decimos, que cuando el astro de la noche está en su primer cuarto ó en el último. Al acercarse los equinocios, crece la fuerza de las mareas, y por lo regular en esa época, á saber, al fin del invierno y al principio del otoño, es cuando llegan á su mayor altura, siendo mas temibles para los que habitan en las orillas del mar.

Ahora comprendereis cómo los astrónomos pueden asegurar por la posicion de los tres astros entre sí, el estado de elevacion que deberá tener la marea en nuestros puertos, ó en otras palabras, las épocas de las mareas mas altas. De este modo se anuncia con antelacion esas mareas extraordinarias en los calendarios destinados á la marina, á fin de que en los puertos se puedan tomar las precauciones que exige esa elevacion de las aguas para la seguridad de los habitantes y los buques.

Hay costas en que las grandes mareas suben á cuarenta y aun cincuenta pies, por ejemplo, en S. Malo (Bretaña), y en Bristol (Inglaterra). En la zona torrida al contrario, las mareas son de continuo tan débiles que no esceden á dos pies de altura, no siendo en consecuencia temibles para las costas. Cuando los vientos soplan con fuerza en la direccion de las mareas, lo cual sucede sobre todo en la época de los equinocios, sus efectos son mas desastrosos: entonces las olas salvan algunas veces todos los obstáculos que les oponen la naturaleza ó el trabajo industrioso de los hombres; inundan espacios inmensos, destruyen los diques, los edificios, los árboles, las mieses, y arrastran los restos, de los cuales siembran la playa.

Hay sábios que han explicado de otro modo la causa de las mareas. Bernardino de Saint-Pierre, cuya biografía hemos publicado en nuestro periódico, la atribuía al derretimiento regular de los hielos en los dos polos, derretimiento cuyas aguas deben refluir, según este escritor, sobre las costas en el continente; pero la generalidad de los sábios no participa de esta opinión; antes por el contrario, piensan que la fuerza de atracción que el sol y la luna ejercen sobre el globo que habitamos, basta para explicar un fenómeno tan curioso como periódico, cual es el de la marea.

EL HIJO DE LA CIUDAD DE RUAN.

Fui el otro día á ver á la madre de Pablo; la madre estaba ausente, pero el niño estaba en casa. Mi amigo Pablo es un travieso que encanta, ojo penetrante y animado, cabellos negros, pero no tanto que no se conozca que ha sido rubio; el padre de Pablo ha sido un soldado de los veteranos del emperador Napoleón, y ha educado á su hijo en una especie de pasión turbulenta por la guerra y por la gloria de las armas, tanto que el pequeño Pablo es ya á estas horas un verdadero héroe, no soñando más que con batallas y conquistas. Aquel día Pablo estaba todavía mas belicoso que lo que acostumbraba: se había vestido de húsar, chaqueta encarnada, pantalon blanco: el cinturón de su madre le servía de cuerda para forragear, un sombrero viejo de baile con su garcota blanca se había convertido en un formidable morrion militar; con su mano derecha esgrimía este niño un cuchillo de marfil, que había tomado del medio de un libro nuevo, empezado á abrir; en fin, para presentar del todo una fisonomía guerrera, se había pintado con corcho quemado los bigotes mas magestuosos que han sombreado jamás el lábio de un joven coronel de la guardia vieja. En el momento en que yo entré en la sala, el terrible Pablo, general en jefe de un ejército mas numeroso que las arenas del desierto, acababa de tomar por asalto la ciudad imperial de San Petersburgo. Un sillón de brazos representaba el Kremlin: sobre este sillón, Pablo había enarvolado una bandera, es decir, el pañuelo encarnado que su madre había tenido al cuello aquella misma mañana.

El niño, muy animado con su triunfo y en pié en medio del sillón, quiero decir, del Kremlin, estaba poseído del maligno espíritu de la conquista: su talle era mas alto, su rostro estaba

mas animado, su mirada era mas fiera; estaba verdaderamente en una noble actitud.

—Victoria! exclamé yo saludando profundamente al vencedor, viva Vuestra Magestad, dueño del mundo.» Despues colocando un par de tijeras sobre el fuelle, hínqué una rodilla en tierra, y ofrecí al terrible general las llaves de la ciudad que acababa de conquistar.

Este, este bonito chico tiene por lo menos tanto talento como valor; comprendió muy bien mi inocente ironía; las armas se le cayeron de las manos; trató de quitarse su bigote con la manga del dorman, mas lo que consiguió fué estenderlo por toda su rosada cara; al mismo tiempo bajó á la vez del sillón y del Kremlin, y despues me dijo, con una ligera sonrisa triste:

—*Esto se queda para cuando yo sea grande!*

Habia algo de encantador en la resignacion de aquel noble niño.

—Vamos, le dije, ¿no somos nosotros buenos amigos? Es menester enfadarse por una chanza? Cuando tú seas grande, amigo Pablo, comprenderás que la vida no se ha hecho solo para tomar ciudades, para ganar batallas, para matar hombres.... y mira! Si tú quisieses podrías comprenderlo ahora mismo! ¿Quieres?

Oyéndome hablar así, abria el niño tanto ojo; no podia figurarse que hubiese en el mundo otra gloria mas que la militar, otro renombre sino el renombre que gana el soldado con la punta de la espada! Le sucedia como á los soldados viejos que los llevareis en vano á los mejores conciertos, pues siempre preferirán en el teatro el sonido del cañon, y en la orquesta el ruido del tambor.

Cuando este niño hubo algun tanto meditado mi proposicion dirijió hácia mí la vista como para pedirme la prueba; quedé un poco embarazado al principio, porque las pruebas sin réplica en favor del valor civil son tan numerosas, á Dios gracias, en nuestro pais, que toda la dificultad está en la eleccion.

Mas yo quería un héroe contemporáneo, un heroismo reciente, y entonces me acordé de una reputacion excelente que con justo título es gloriosa para la ciudad de Ruan.

—Escucha, dije á Pablo, ves al fin de la calle, aquel hombre sentado sobre sus trevejos? aquel hombre está mal vestido, está á las órdenes del primero que pasa: segun el capricho ó la necesidad del primero que llega, va de un extremo á otro de la ciudad, que llueva, que ventee, que haga frio, que haya lodos, y siempre por un mezquino salario; si quieres no tienes mas que poner el pie en el banquillo de este hombre, y este hombre humildemente encorvado va á limpiar tus zapatos como lo hace todas las mañanas el sirviente de tu madre. Pues bien, ¿qué

dirías si te probasen que semejante hombre, en esa humilde condicion, y sin salir de ella, puede ser tan honrado, tan digno de serlo, puede estar tan colmado de gloria como tu padre mismo, tu padre general, cuando vá á pasar revista al campo de Marte, al lado del príncipe real?

Confieso que el niño se puso colorado; mas sin cuidarme de su admiracion, continué:

Sí, ¿qué dirías si tu mismo padre se honrase con la amistad de semejante hombre, y si le diese la mano en público, y si viendo en su pecho esa cruz de honor que tu padre ha ganado en las batallas, tu padre llamára hermano á ese mandadero? ¿qué dirías?

—Diría, respondió el niño, diría..... pero vos me repetis un cuento de encantos.

—Te refiero una historia de ayer; héla aquí esta historia. Escúchala, aprovéchate de ella, y conoce, desde luego, que hay gloria para todos y para cada uno en este mundo; que para alcanzarla no hay necesidad de tener un bello uniforme, charreteras de oro, un fusil en las manos y un sable á la cintura.

Hay en la ciudad de Ruan un pobre mandadero, mas pobre quizás que ese que ves á tu puerta, que á buen tiempo paseándose por las orillas del Sena, se ha dicho á sí mismo: soy pobre, ignorante, desconocido, y sin embargo es menester que sea útil á mis semejantes! Y así como tú, hace poco, pensabas en conquistas, ciudades tomadas por asalto, hombres degollados, soldados muertos por la metralla, él, todavía niño, se imaginaba que salvaba la vida á niños como él, que sacaba de las aguas irritadas á padres de familia en peligro de ahogarse. Muy pronto su sueño de fervorosa humanidad se realizó. El salvó á un niño que se ahogaba, y lo salvó con riesgo de su propia vida; lo llevó á su madre que iba á espirar de dolor, fué cubierto con sus lágrimas de reconocimiento y de amor maternal; comprendió entonces todos los atractivos de la gloria. Tú, niño mio, hace poco, en tu imaginado triunfo, solo tenias el esplendor de la gloria.

Desde aquel día, Luis Bruno, que es el nombre de nuestro héroe, comprendió que era verdaderamente un hombre; aunque se sentia colocado al pié de la escala social, tenia en efecto una mision noble que cumplir: Salvar hombres! Y es menester decirte que en el sitio que habia elegido para ejercer su abnegacion, el rio es ancho, profundo, rápido, inclemente; que es menester disputarle largo tiempo su presa, y que verdaderamente un gran valor no sería suficiente para ir á buscar un hombre en el fondo de aquel abismo; se necesita tambien mucha fuerza corporal.

Luis Bruno, luego que hubo hecho su primer aprendizaje,

no pensó mas que en la mision que habia tomado á su cargo. Se convirtió en custodio de aquella peligrosa ribera, vino á ser el angel tutelar de aquellas aguas terribles. Apenas habia ganado el pan de cada dia, se volvía á su puesto, la vista fija sobre las olas: y qué de veces evitó grandes desgracias! cuántas arrebató á la muerte extranjeros sin experiencia, marineros intrépidos que jugaban con el peligro! El ha salvado así, comprende esto Pablo! ha salvado veinte personas en la vida; ha sido la providencia visible de aquellos hombres que clamaban: *Salvanos, que perecemos*. Ha salvado al niño, ha salvado al anciano, ha salvado al marinero: ha salvado al curioso que creia ser lo mismo el Sena de Ruan, que el Sena de París; á cada desastre, á cada accidente, se le ha encontrado en todas partes, de noche, de dia, centinela vigilante, atento, sin temer jamás la muerte, sin que le arredrasen las tempestades. Ay! hace ya cuatro años que una barca atravesaba el río á la vela; en esta barca enteramente entregada al viento que se arremolina, estaban dos jóvenes escritores que habian venido de París; de pronto su esquife se vuelca, uno de los dos jóvenes se sumerge en el río, y nadie puede salvarle, porque Luis Bruno no estaba allí.

Poco á poco á fuerza de salvar hombres y de ocultar su valor, Luis Bruno vió su nombre repetido con entusiasmo por el pueblo, porque el pueblo gusta de todos los géneros de heroismo; es muy buen perito en materia de gloria, y como al cabo él es el que dá la gloria, se puede y se debe estar por sus decisiones cuando señala á un hombre como digno de la admiracion pública. De una vez, pues, y sin que él lo imaginase, Luis Bruno se vió rodeado de respeto y de simpatía. Su nombre fué pronunciado con enternecimiento, con entusiasmo; se señalaban los hombres que habia salvado, se contaban los peligros que habia corrido. Se presentaba en alguna concurrencia, todos le hacian lugar á Luis Bruno; iba al puerto, la multitud le bendecia. Llegaba un extranjero á aquella vieja ciudad normanda, toda llena de monumentos góticos, y de preciosos recuerdos, se enseñaba al extranjero la persona de Luis Bruno. La ciudad de Ruan se envanecía de poseer á Luis Bruno, mas que se envanecía con su catedral, y la ciudad de Ruan tenia razon: el monumento mas magnífico de piedra ó de mármol no vale tanto como una virtud de carne y hueso, una virtud viva y en accion que dá á todos el noble ejemplo de la abnegacion y del propio sacrificio.

Tanto se habló de Luis Bruno, que el gobierno, que viene despues siempre de la opinion pública, empezó á meditar que era deber suyo recompensar á este hombre; porque era él la omnipotencia de la verdadera gloria, forzar aun á los reyes á respetarla. Por consiguiente se dedicó á recompensar á Bruno, como

esas virtudes quieren ser recompensadas con honores; por cada hombre que salvaba aquel modesto héroe le daban una medalla. Por último, cuando dió á su proeza veinte, como no tenía mas medallas que darle, le envió el rey la cruz de honor, la cruz de los valientes; lo hizo el igual de tu padre. Y creeme, niño mio, es una cruz bien ganada la de Luis Bruno; no tiene sangre sobre su cinta encarnada, y esta es una noble distinción entre todas las cruces que decoran tantos nobles pechos.

Quizás vas á creer que Luis Bruno, cubierto así de honores, rodeado de reconocimiento y de respeto, quiso tomar al menos algun descanso, como hace el capitan que ha vuelto de la guerra, que cuelga su terrible espada, y que se sienta en el hogar doméstico para reposar ya hasta el fin de sus dias. Hay heroismos que no conocen treguas: tal era el de Luis Bruno. Esos nuevos honores no hicieron mas que alentarle á obrar con mas fervor. Le quedó lo que era, el hombre que vela por la salud de todos. El rio habia llegado á ser su campo de honor. Si venia la noche, Luis Bruno salia de su casa, é iba lejos á reconocer el rio. Si la tempestad se levantaba, Luis se arrojaba de su lecho, y se ponía á escuchar el ruido de la tormenta; no pensaba mas que en su misión que se habia impuesto en esta tierra, y sin embargo continuaba pobre: su trabajo se habia aumentado, pero no su salario; tenia una mujer, tenia una hija, tenia su anciana madre que mantener; tenia todos los náufragos que salvar!

Un dia de invierno, este invierno, sí, en este crudo invierno que no ha llegado aun á su fin, y que tú no has echado de ver, niño mio, metido en esta abrigada casa, y cuidado por tu cariñosa madre, Luis Bruno estaba en una pobre cabaña, bien triste, bien desgraciado, muy pobre. ¡Ah! ¡la cruel miseria no respeta ni la virtud ni el talento, ni la gloria! O mas bien se dirá que ella se aficiona con preferencia á esos hombres respetados, y que se complace en encorvar bajo su yugo de hierro las mas altas cabezas. Pues un dia de este invierno, y no hay un mes de esto, el pobre Luis estaba junto á la cama de su anciana madre moribunda. Bajo este glorioso techo la miseria era muy grande; todo el pavimento desnudo, una cama sin cortinas, una lumbre, ¿pero puede llamarse así cuatro ramillas en medio de la chimenea? Ni una taza de caldo. ¡Ay! el gran Corneille, nacido en Ruan como Luis Bruno, no tenia caldo en su última enfermedad. Luis asistía á su madre con el valor de un héroe, con la resignacion de un cristiano. De todos los hombres que habia salvado, ni uno siquiera estaba allí para socorrerle. Este hombre que habia restituido tantos hijos á sus madres, no tenia una de esas madres que pensase en la suya. Sin embargo, el viento soplabá por fuera, la nieve daba en los vidrios, el invierno ase-diaba con todas sus fuerzas aquella desolada casa, el invierno y



las enfermedades! Luis Bruno, su mujer y su hija se miraban en silencio. La anciana madre se moría en su cama sin quejarse; solamente de cuando en cuando alargaba su trémula mano para tocar la de su hijo.

De pronto un gran grito que cree oír, saca á Luis Bruno de su muda desesperacion. Es un prolongado grito de calamidad, de desesperacion, de agonía. ¡Cuántas veces ha oído gritar así! ¡Mas qué vá á hacer! ¡Su madre está allí moribunda; su madre le extiende los brazos! ¿qué hacer? ¿qué ha de suceder? Mas hay allá desgraciados que lo llaman; ya no duda mas. ¡A Dios, madre mía! ¡Pobre madre! ¡Mas por compasion, aguardame para morir!

Ved aquí lo que habia sucedido. Toda la ciudad de Ruan se habia dirigido aquel día al helado rio; es decir, la ciudad rica, feliz, y que convierte el frio tambien en placer. Todos se divertian sobre la nieve, sin inquietud y sin temor, y se envanecian de pasar á pie enjuto aquel terrible rio. Cada cual se entregaba á su alegría, bebiendo, comiendo sobre la nieve; los lijeros patinadores hacian círculos fantásticos alrededor de las damas que se paseaban, cuando de improviso ¡oh desastre! se siente un movimiento terrible bajo los pies de la multitud inadvertida. El hielo se rompe. ¡Qué espanto! Todos se precipitan hácia la orilla; el hielo resiste todavía lo suficiente para que todo aquel pueblo llegue á tierra: solamente en medio del rio, en una hendidura funesta... en un abismo han desaparecido un hombre y una mujer! y vé ahí por qué la gente habia dado aquel grito que llegó á los oídos de Luis Bruno, y que lo habia arrancado de la cabeza de su madre espirante.

El habia adivinado todas aquellas desgracias con maravilloso instinto; habia acudido, y sin dudar se habia inclinado sobre la nieve que se deshacia; habia estudiado la profundidad del agua; habia puesto oído para saber á qué lado estaban las víctimas; despues se habia precipitado en lo profundo y bajo aquella corteza sólida, que podia aplastarlo en breve con sus témpanos, y en aquella oscuridad profunda habia nadado á la aventura, y sin embargo la corriente, protegida por una capa de hielo, huía llevándose las dos víctimas, y sin temer que en esta ocasion viniese Luis Bruno á quitárselas. Mas esta no era la cuenta de nuestro héroe; primero habria perecido que abandonar su presa. En fin, en su carrera, ya fatigado, siente alguna cosa que fluctua; se ampara de ella, retrocede corriente arriba, dá con la claraboya de hielo, se agarra con una mano á los témpanos, y con la otra retira una mujer desmayada, moribunda, pero fuera ya de peligro. Todo el mundo victorea, se reconoce á Luis Bruno, y vedle todavía volver vencedor de la muerte. La ciudad entera se felicita, solo habia la pérdida de un hombre.

Mas Luis Bruno no quiere que este hombre muera. Despues de haber dejado sobre el hielo su preciosa carga, vá á precipitarse de nuevo. En vano se le quiere retener; está debilitado, herido; sus miembros entumecidos por el frio: de cierto corre á una muerte segura. Nada importa; húndese de nuevo en lo profundo, zambulle y vuelve á zambullir; vuelve al borde de la cima para respirar, y se precipita de nuevo: ¡comprendes, niño mio, qué peligro tan grande! nadar bajo el hielo, en aquella oscuridad, sin luz, sin aire, á tientas, buscar con las dos manos un hombre, un cadáver. Así ha hecho Luis Bruno, y en el instante en que no pudiendo ya mas moria sepultado en su triunfo, ¡oh fortuna! encuentra al ahogado; entonces recobra sus fuerzas, toma nuevos bríos, la Providencia viéndole en aquellos abismos lo condujo todavía una vez sobre el hielo: ¡el hombre estaba salvo!

Creyóse primero que Luis Bruno estaba muerto. Se levantó bien pronto. Se le cubrió con una capa, y entonces se acordó que habia dejado á su madre moribunda, y se puso de nuevo á correr como habia venido; despues de haber salvado dos personas quería volver á ver á su madre; quería contarle tambien antes que espirase esta nueva dicha de su hijo.

—Desgraciado! llega demasiado tarde! Su madre habia muerto, muerto de frio tal vez. Pero que Luis Bruno se consuele, su madre no viéndole á su lado habrá discurrido sin dificultad donde estaba su hijo.

Y su madre dichosa y envaneida ha exhalado en paz su último suspiro!

Esta nueva accion de Luis Bruno nada podia añadir á su gloria. Pero sin embargo, la ciudad pensó en el porvenir de este ciudadano admirable. No quiso verle por mas tiempo expuesto á la miseria, se reunieron pues en el ayuntamiento, y se determinó por todos los votos que Luis Bruno seria en adelante alimentado por la ciudad que tanto honraba. Así vivian en otro tiempo los Lacedemonios vencedores á costa de sus conciudadanos. Al mismo tiempo la ciudad de Ruan ha adoptado como hija suya á la hija de Luis Bruno.

Ahora, dime, Pablo, ¿estás bien convencido de que la gloria civil es por lo menos igual á la gloria guerrera, y que se puede ser un gran ciudadano bajo el vestido toseco del mandadero, tan bien como bajo el uniforme bordado del general?

El niño no me respondió nada; salió de la sala con las lágrimas en los ojos, y un instante despues volvió á donde yo estaba con paso ligero. Se habia quitado su uniforme, se habia lavado sus bigotes; el leoncillo se habia convertido en un simple ciudadano.

—Amigo mio, me dijo, quiero llamarme Pablo Luis, ¿ó mas

bien ya no quiero llamarme Pablo, quiero llamarme Luis.
Esto no impedirá que nuestro encantador Pablito Luis sea
algún día un valiente soldado, si es necesario.

(Traducido del francés).

EL FUELLE Y EL CARBON.

Fabula.

(Imitación de Iriarte).

Cerca de Sevilla
un cortijo hay,
y junto un arroyo
por casualidad.
El año pasado,
de leña en un haz
cayó un carboncillo
por casualidad.
Inflado allí había
un fuelle fatal,
que un mozo dejara
por casualidad.
Y al ver que encendido,
lanzaba vivaz
ardorosas chispas,
por casualidad
aquesto le dijo:
«Carbon, ven acá,
y aspira mi aliento
si quieres brillar.»
El carbon al punto
saltó con afán,
y al soplo del fuelle
por casualidad,
estalló de pronto
de fuego un volcán
quemando la leña
y todo el pajar.
Con este alimento
la llama voraz
alzóse orgullosa,

creció mas y mas,
invadió las cuadras
salvando el portal,
y no ardió el cortijo
por casualidad.
Amables lectores,
me direis quizá:
«¡cómo brillaría
del carbon la faz!...»
Brilló unos instantes,
brilló, es verdad,
mas presto su brillo
se hubo de eclipsar.
Es fuerza, lectores,
es fuerza sepais
que fuese castigo
ó casualidad,
ardió con el fuelle
del agua á pesar,
siendo ambos á poco
ceniza no mas.

Vosotros que impíos
el fuego soplais
de civil discordia,
leed y temblad.
Y vosotros, jóvenes,
instrumentos, ¡ay!
de aquestos menguados
que á perderos van,
no olvideis mi fábula,
rica de moral,
si es que os ha gustado
por casualidad.

TENORIO.